

—¡Bueno! ¿Y por qué esta mañana?—preguntó asombrado, percibiendo una intención burlona sobre la cara de su subordinada.

—No lo sé—dijo ella.

—Usted ha querido decir otra cosa.

—Habrá usted dado sin duda un mal paseo.

—¿Dónde?

—En las Tullerías, por ejemplo; me ha parecido verle al pasar. ¡Examinaba usted una estatua... con tanta atención!... El tiempo estaba muy hermoso, ¿no es verdad?

Ella le tendió el anzuelo sin querer.

Y Perrolet se agarró á él, como el que se ahoga, á un clavo ardiendo.

—En efecto, ahora recuerdo que he ido á dar una vuelta por allí, á tomar el aire; está muy bonito ese jardín, y encontré á mi amigo el señor Labievre; pero esto no es un motivo para tratarme de severo, riguroso, insoportable, injusto acaso. Dice usted que soy injusto—añadió animándose, — que critico sin razón.

—¡Ah, señor Perrolet!

—Sí, repítalo; no se atreve, lo sé; pero lo leo en su pensamiento; está usted demasiado bien educada para declararlo; pero lo adivino. No se me engaña; soy un ser taciturno, odioso; un déspota.

—¡Oh, señor Perrolet!

—En fin, basta; su cometido es vigilar. Y la hago responsable de las faltas que puedan ocurrir en las modas. ¿Me ha entendido usted?

—Sí, señor Perrolet.

—¿Está usted descontenta de su situación?

—No, señor Perrolet.

—¡Sin embargo, algo le faltará cuando pretenda cambiar de estado!

El patrón se frotó las manos; estaba encantado. Acababa de encontrar la transición, tras de la que corría desde hacía un instante.

IV

LAS TEORÍAS DEL SEÑOR PERROLET

GERMANA se ruborizó.

—¿Cómo, señor Perrolet?—preguntó.

—Sin duda. ¿Sabe usted lo que me ha dicho Labievre?

—No, señor.

—¿Ni lo sospecha?

Germana meneó la cabeza con un gesto coquetón.

—Pues todo el tiempo ha venido hablándome de usted.

—¿Y qué le ha dicho el señor Labievre?

—Que se va usted á casar, y no es él solo quien lo dice; ese rumor corre por todo el establecimiento.

—En absoluto, no hay nada de eso.

—¡Qué disimulada es usted y qué bien finge!

—Ahora no; nada de eso, señor Perrolet; ahora no, se lo aseguro.

—¿Es decir, más tarde; dentro de quince días, de ocho, mañana tal vez, piensa usted realizar ese propósito como una cosa posible, apremiante quizá?

Germana se había puesto encarnada.

Perrolet tenía la manía de las frases solemnes, sonoras.

Le gustaba extenderse en los discursos, de los que sus colegas huían, pero que sus empleados estaban obligados á soportar.

Nadie es perfecto, y Perrolet no tenía esa pretensión.

—Veo que el señor Labievre tenía razón—dijo, atreviéndose á mirar á Germana, porque ésta había bajado la cabeza.

Y de pronto preguntó con impetuosidad:

—¿Sabe usted lo que es el matrimonio, señorita?

Perrolet había hablado con tanta vehemencia, que sudaba, y tuvo que secarse la frente.

Un ligero temblor agitaba todo su cuerpo; tanto era el miedo que tenía de no expresarse con la precisa elocuencia.

—Mira al patrón cómo fastidia con su discurso á *Capricho*—dijo á Josefa la criolla, la pequeña Cipriana, una traviesa criatura de veinte años, dependiente de las modas, que acababa de casarse con un joven empleado en la sección de paraguas, Sostene Benoit, y que tenía la manía de hacer señas á su marido de un extremo á otro del almacén, por encima de las barandillas, con gran admiración de las señoritas de la ropa blanca y de la zapatería, que se burlaban de estas manifestaciones que tan frecuentemente hacía la recién casada.

Cipriana no se equivocaba.

El patrón había empezado una substanciosa conferencia sobre los inconvenientes de las bodas, sobre todo cuando no se cuenta con el primer elemento de la felicidad, según la opinión del señor Perrolet: la fortuna.

¿Es que no tenía el buen sentido de comprender que en su posición disfrutaba de una libertad y una independencia absoluta, el más raro de todos los bienes? ¿Es que su seguridad no era completa? ¿Temía que la abandonasen, cosa que no podía ser sino por faltas graves, muy graves, en las que no había ni que pensar? Para desechar todo temor sobre esto, ¿no estaba allí él, que la había protegido—como era justo—por su inteligencia, su distinción y su exactitud, y porque era honrada y buena persona?

¿No disfrutaba de una libertad envidiable? ¿No ganaba, sin grandes esfuerzos, ocho ó nueve mil francos? ¿No significaba esto nada? ¿No tenía él allí medios para asegurar la felicidad de una buena muchacha, sencilla en sus gustos? Más adelante ascendería, cosa de que no había que dudar; con el tiempo podía esperar á ser la primera; una docena de miles de francos de beneficio, no era una cosa imposible; ¿qué era lo que la apremiaba para querer casarse? Y ante todo, era muy joven; tenía veinticuatro años, á lo sumo.

—Veinticinco, señor Perrolet—dijo tímidamente Germana.

—¡Veinticinco, sea! Un año de más ó de menos, no vale la pena de discutirlo; ésa es la buena edad: la de la primavera y las flores. ¡La boda sería el otoño con sus frutos!

Aquí hizo un gesto sumamente expresivo. Su labio superior tenía la forma de un acento circunflejo.

¡Los frutos! Esta palabra debía hacerla meditar; eran buenos en el campo, en el verjel de un castillo ó en el huerto de una quinta; pero en casa de su amigo Bouret, en una tienda, serían

una molesta impedimenta, un estorbo increíble, Germana. Y de la vigilancia de las modas, ¿quién se iba á encargarse?

Habría una interina molesta, muy molesta, que se renovaríase á menudo; hay que pensar en todo, su ascenso se retrasaría; ¡las cosas pequeñas se notan, pero ésa era de gravedad! ¿Es que las primeras no se casan? ¡Sí, cuando ya son muchachas serias! Allí estaba la señorita Merlin, por ejemplo, en la lencería, que tenía treinta y seis años y que era guapa y rica; ¿tenía aire de contrariedad porque estaba soltera? ¿se había oído siquiera decir nunca que pensase en tal cosa? ¡Ésa era una muchacha inteligente y digna de ser imitada! El mismo Perrolet ¿tenía tampoco pensamiento de casarse?: hay que pensar primero en lo práctico, lo mismo que él había hecho; después sería tiempo de pensar en buscar un marido ó una mujer.

M. Perrolet continuaba siempre.

—Mira el chorro suelto—dijo Cipriana, que les observaba con el rabo del ojo.—¡Cuidado con la inundación! ¡Capricho tiene aire de haberse entontecido!

En efecto, Germana estaba de pie, en la actitud de una pecadora arrepentida. Perrolet le hizo una indicación y se sentó á su lado en un diván circular, destinado á las clientes, adornado de tapices antiguos del Daghestan; y, bajando la voz, continuó:

—¿Y qué compensaciones tendría usted á cambio de esas pérdidas de dinero, de libertad y de encantos, acaso de salud, pues nada hay más seguro que, estando obligada á continuar trabajando, el casamiento no sea la causa de una altera-

ción para esa hermosura, de la que está usted tan orgullosa?, convenga conmigo...

—Pero le aseguro, señor Perrolet...

—Déjeme concluir—interrumpió él.

La pequeña Cipriana tiró del vestido á una de sus amigas de trabajo.

—Mirad el cajero allá abajo—dijo maliciosamente.—¡Cómo mira, qué ojos tan furibundos; tiene miedo que el patrón le robe su adorada!

Mientras tanto él continuaba:

—Tendrá usted penas, en las que no tiene que pensar estando sola; hecha la *toilette*, todo queda concluído; mientras que con un marido tendría usted que ocuparse de la casa, de una casa modesta de empleados, y por la noche, rendida por el trabajo, someterse á las exigencias del dueño, satisfacer los caprichos del tirano, atender durante el día á las premuras de la tienda, y por la noche—al pensar esto le subían á la cabeza oleadas de calor, como de un vapor ardiente,—por la noche obedecer al déspota, al que tendría en absoluto el derecho de disponer de usted. ¿Y los niños? Tendría que pagar las mensualidades á las mercenarias en cuyas manos haría que abandonarlos; vendrían los meses sin ingresos por la imposibilidad de cumplir con su obligación en la tienda. ¡Pérdidas por todas partes! ¡un desastre! ¿y por qué?: por unos días de luna de miel, bien breves por cierto, bastante ilusorios, señorita Germana.

—Pero las demás se casan, sin embargo, señor Perrolet.

—Las otras, la multitud, la plebe, sin duda ninguna, porque son muchachas sin juicio, sin porvenir, bohemias que viven un día y no ven

más que la fiesta que se celebra en aquel momento.

Estuvo á punto de irritarse.

Esta observación le asombró en boca de una muchacha tan distinguida, y no lo disimuló.

—Y, además, las otras ¿qué me importan?— dijo.—¿Es que yo me ocupo de las otras? No sé lo que hacen ni cómo son.

Germana levantó los ojos, sorprendida por esta salida.

Perrolet tuvo miedo de haberse expresado demasiado claramente y retrocedió, como un cangrejo que ve al pescador.

—Quiero decir, que no me ocupo más que de las mías, de las que están bajo mi protección directa; cada cual gobierna su negocio á su manera.

Y volviendo sobre el asunto, como un orador que tiene que desenvolver un tercer punto, añadió:

—Si todavía fuera con un hombre rico, con un rentista, con uno de esos hombres de edad madura, razonable, que se encontraría muy dichoso con enlazarse á una muchacha tan graciosa, entonces perfectamente; pero lo que usted busca—no lo quería saber—será más bien un muchacho, uno de esos jóvenes sin práctica de la vida, ó algún mocetón con aire trágico y fatal; uno de esos elegantes prendidos con cuatro alfileres, que brillan como el plaqué, y que no cuentan con más que con sus mezquinos sueldos; un dependiente de mostrador ó un cajero; y porque tienen aire poético y ponen los ojos en blanco mirando al techo, ó llevan el bigote rizado como un oficial de caballería y miran fijamente y dan suspiros de barítono, ya no pueden ustedes resistir y los aman...



El señor Perrolet le hizo una indicación,
y se sentó á su lado...

Es verdad que le digo á usted esto por hablar, pues yo no he visto nada; no me ocupo de esas miserias, ni de las voces que corren; fuera de la tienda, de mis encajes, de mis vestidos y de mis modas, no me mezelo en nada.

Pero me han conmovido algunas palabras de personas que demostraban interés por la linda Germana, y he creído deber mío dar á usted un buen consejo, puesto que le tengo amistad, nada más que amistad, sencillamente amistad.

Esta palabra la repitió cuatro veces.

¡Pobre hombre!

Y sobre el mismo tema continuó hablando durante tres cuartos de hora.

La muchacha le escuchaba con los ojos fijos en la alfombra.

No sabía por qué, pero no se encontraba á gusto; había en el tono del señor Perrolet cierta amargura mal disimulada, y á veces un acento como de ternura que sobresalía sobre la brusquedad de sus frases.

Hacía ya un momento que no hablaba, y la joven creía oírle todavía.

Se había marchado y la joven continuaba pensativa en el mismo sitio.

De su meditación la sacó un empleado que venía escoltando á un señor y á una señora, muy elegantes los dos; y como viese ocupadas á todas las modistas, gritó:

—¡Sombreros, señoritas!

V

INVASIÓN EN EL APRISCO

GERMANA era la única que estaba libre. Se acercó á sus clientes, y se encontró frente á una señora morena, de una hermosura ideal.

Era el tipo verdadero, característico, y la más perfecta encarnación de la belleza italiana. Grandes ojos negros, llenos de luz, rasgados como los de los orientales, labios encarnados como el corazón de una granada, el pelo negro brillante, el color moreno, y el cutis aterciopelado.

La dama era alta, gentil, elegante, y se hallaba en el apogeo de su hermosura.

Germana, á pesar de la costumbre que tenía de ver y tratar á la multitud de gentes de todas clases y condiciones, de todos rangos y de todos caracteres, que á diario invadía los almacenes del señor Perrolet, se sintió azorada en presencia de aquella mujer.

La desconocida tenía un aire de altanería insostenible en sus modales, en su mirada y en su gesto.

Si indicaba algo con el dedo, parecía que os aplastaba; dando una ligera entonación á la palabra más correcta, os humillaba; con un gesto imperceptible, os tenía á distancia.

El joven que iba acompañándola contribuía á hacer perder la serenidad á la modista por la